

RAMÓN BUENAVENTURA:

Antonio Martínez Sarrión en su tierra

Una de las primeras cosas que los economistas se empeñaron en demostrar, allá por los esbozos de su muy postulante ciencia, fue que todo conducta humana puede representarse mediante una función de utilidad. Si lo quieren ustedes en otras palabras, más de toda la vida, digamos que todo lo que hace el hombre tiene que servir para algo. Y suena lógico. Ningún animal se dedica al derroche sin pagarlo muy caro, tarde o temprano. Aquellos exageradísimos dinosaurios, por ejemplo.

Bueno, pues si todo tiene que servir para algo, será legítimo preguntarse, hoy, en esta grata coyuntura de amistad, para mí, y de paisanaje no necesariamente exento de amistad, para ustedes, será legítimo preguntarse, primero, para qué sirve la poesía en general, y, segundo, para qué sirve la poesía de Antonio Martínez Sarrión.

La poesía, en general, no sirve absolutamente para nada, y de ahí los componentes más falsos de su grandeza, vista por los ojos que todavía prevalecen, es decir: por los ojos del romanticismo. El poeta enardecido por los dioses, ese poeta visionario y profético, cuya voz procede directamente de algún territorio sobrenatural donde tiene su trono la Belleza, «como una esfinge incomprendida», según palabras de un viejo compinche de Antonio, el vidor y académico Charles

Baudelaire, el poeta de visión y profecía no sirve absolutamente para nada. O sólo sirve para recalentar los cascos de sus semejantes y hermanos, hipócritas lectores (para seguir citando a Baudelaire, que siempre queda muy digno).

Claro está: la belleza no puede servir para nada, comprenden ustedes. Sería innoble. Tomando el rábano griego por sus más absurdas hojas, John Keats inaugura la poesía moderna en uno de los últimos versos de su poema «A una urna griega»: «La Belleza es la Verdad, la Verdad la Belleza». Con esta simple frase, la poesía queda redimida de todas sus obligaciones terrenales, éticas o prácticas. A raíz de ese frenético hallazgo, el poeta no tiene sino que captar Belleza y transmitirla. Con lo cual estará expresando la Verdad Superior, con enormes mayúsculas, señoras y señores, y qué más puede pedir-sele. A partir de ese momento, la poesía se instala en una realidad aparte, en una metafísica de genios lunáticos, de culturistas de la sensibilidad, con más músculos en el corazón que neuronas en la sesera.

Todo lo cual constituye una perfecta traición al espíritu original de la poesía, al menos en Occidente. Aquí, en Grecia, la poesía surge para hacer memorables los principios de la colectividad. No sólo los éticos, sino también los prácticos. Como alguna vez se ha dicho y demostrado, los poe-

mas Homéricos no son una simple recopilación de aventuras, sino una verdadera enciclopedia helénica. Allí estaba, anotado con mayor o menor detalle, todo lo que el hombre sabía. También en el poema del Cid estaba todo lo que el hombre castellano tenía que saber, si no ya en el ámbito técnico (porque eran los árabes quienes dominaban la tecnología), sí desde luego en el ámbito moral y sociológico. Y, más adelante, el romancero se propone, romance por romance, los mismos objetivos: describir el hombre de su época, como tenía que ser, con todas sus virtudes y con todos sus riesgos... Y, todavía más adelante, nuestra poesía de la Edad de Oro integra también un completísimo formulario de los patrones a que debía ajustarse el español del siglo XVII para recibir el beneplácito de su comunidad.

Utilidad poética

Con todo esto quiero decir que la poesía ha estado sirviendo para algo desde siempre. Antes de la escritura (y tengan ustedes en cuenta que aún seguimos «antes de la escritura» en muchos aspectos de nuestra existencia, que la escritura no se ha impuesto del todo en nuestras vidas, y que puede que no se imponga nunca, porque la televisión y la radio sostienen el triunfo de las culturas verbales), antes de la escritura, la poesía aportaba, sobre todo, mnemotecnía. Los saberes folklóricos y jurídicos y proverbiales se ponían en verso, es decir en palabras sonoras, marcadas